

17a Sesion ordinaria del 19 de Octubre del 1888

Presidencia del doctor Tagle

SUMARIO—Asuntos entrados—Se concede permiso á los señores diputados Colombres y Basualdo para aceptar una comision del P. B.—Continúa la discusion pendiente sobre el dictámen de la comision de legislacion en el proyecto de ley, en revision, estableciendo el matrimonio civil.

PRESENTES

Presidente
Alba Carreras
Albarracin
Arias (F.)
Aujier
Balestra
Barrasa
Basualdo
Berdia
Bruchmann
Bustillo
Cabeza
Cáceres
Campillo
Cano
Carballido
Carbonell
Castro
Centeno
Civit
Colombres
Dantas
Estrada
Escalante
Figueroa (M.)
Gallo
Garcia
Gimenez
Gonnet
Gonzalez
Goyena
Huidobro
Lársen
Lopez
Lubary

En la capital de la república, á 19 de octubre de 1888, reunidos en su sala de sesiones los señores diputados anotados al margen, el señor presidente declara abierta la sesion, siendo las 2 y 50 p. m.

ACTA

—Se lee y aprueba sin observacion la de la sesion anterior.

ASUNTOS ENTRADOS

COMUNICACIONES OFICIALES

Buenos Aires, octubre 19 de 1888.

Al señor presidente de la honorable cámara de diputados de la nacion.

Tenemos el honor de poner en conocimiento del señor presidente que el poder ejecutivo de la nacion, por decreto de fecha 17 del corriente, ha tenido á bien designarnos para correr con la edicion oficial del código

Luro
Mallea
Mansilla
Meyer
Molina
Moran
Obligado
Olmedo
Olmos
Padilla
Pellegrini
Pino
Posse
Riquelme
Ruiz
Sarmiento
Torres (Gmo.)
Videla
Villagra
Zeballos
Zorrilla

AUSENTES

Con licencia

Alcorta
Avellaneda
Lagos
Mendoza
Maciá
Ortiz
Prado
Rodriguez
Tejerina

Con aviso

Bermejo
Bores

de procedimientos criminales sancionado últimamente por el honorable congreso.

Atendiendo á lo dispuesto en el artículo 64 de la constitucion nacional, antes de aceptar este nombramiento cumplimos con el deber de recabar de la honorable cámara, por intermedio del señor presidente, el permiso correspondiente.

Saludan atentamente al señor presidente.

Ernesto Colombres.—

Benjamin Basualdo.

Sr. Presidente

—Como es de práctica, se tratará sobre tablas la solicitud que se ha leído.

Está en discusion.

.....

—Se vota si se concede el permiso solicitado, y resulta afirmativa.

ORDEN DEL DIA

MATRIMONIO CIVIL

Sr. Presidente

—Se va á pasar á la ór-

Octubre 19 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

Bosch
Dominguez (J. A.)
Espinosa
Fernandez
Lalanne
Ocampo
Sosa
Soler

den del día.

Continúa con la palabra el señor diputado por la capital.

- Ocupa su asiento en el recinto el señor ministro de J. C. é I. P., doctor don Filomeno Posse.

Sin aviso

Arias (J. I.)
Dominguez (C.)
Laurencena
Malbrán
Parera
Portela
Ramos Mejia
Torres (Gr.)

hizo la exposicion de ideas que constituye la primera parte de su discurso.

Dirigió su atencion en seguida á estudiar la materia del punto de vista de la unidad de las doctrinas de la Iglesia sobre el asunto en debate. Agregó las consideraciones que creyó oportunas sobre el carácter de las disposiciones constitucionales de la República Argentina y terminó con algunas observaciones levantadas de orden social y político.

De estos diversos aspectos de su exposicion me ocuparé en esta sesion, señor presidente, en el orden que la eficacia de mi discurso y la lógica de mis ideas lo requieran.

Y cumpliendo la promesa que tuve el honor de hacer á la honorable Cámara, de no encarar este asunto sinó del punto de vista jurídico, voy á presentarlo en la primera de las formas que en este carácter ofrece á la consideracion del espíritu, ó sea el matrimonio ante el derecho natural.

No buscaré mis argumentos en los racionalistas del siglo XVIII, ni en los grandes jurisconsultos del mismo siglo, que de una manera insuperable presentaron en Francia á la consideracion de los pensadores del mundo, cuanto era pertinente al matrimonio civil. Me refiero á Portalis, Galli, Real, Bouteville y á cierto número de juristas á quienes Napoleon encargó de sostener ante el consejo de Estado y de exponer ante la asamblea la reforma de su gran código.

No buscaré tampoco en los grandes criticos de la historia, en Taine, en Renan, en Vacherot, los argumentos que pueden llevar adelante mis ideas, ni acudiré á la escuela positivista alemana, ni á los grandes filósofos ingleses, ni á los reformadores italianos: en una palabra, quiero prescindir deliberadamente de una serie de nombres propios que llenan con su gloria y sabiduría el universo.

Quiero hacer abstraccion de las ideas de

Darwin, de Cavour, de Mazzini, de Burmeister, de Davy, de Hekel, de Schlegel, de Minghetti, de Gioberti, de Drapper, de Lubbock, de Lyell, de Spencer. Seria, traer la cuestion á este terreno, presentar el talon de Aquiles ante el juicio de los católicos, porque ellos me batirian con una frase. Ellos dirian: son los revolucionarios, son los herejes entregados al delirio de la impiedad!

No!... señor presidente! Yo remontaré la corriente de la historia por el cauce que á ellos les agrada; iré á buscar la fuente de los libros sagrados, sorprenderé esa primitiva familia hebrea de que se nos ha hablado, en su incubacion y desarrollo, analizaré los grandes códigos de los emperadores y jurisconsultos magnos, cuyos códigos, despues de haber gobernado los imperios antiguos, gobiernan tambien actualmente gran parte de las naciones modernas, y en seguida picaré el aldañon medieval de los conventos, pediré entrada á sus bibliotecas y veré qué dicen esos grandes libros empastados en pergamino y amontajados con la telaraña y el polvo de los siglos! (Aplausos).

Señor presidente: haré mi exposicion con la premura y la concision que las circunstancias de este debate lo requieren. Y desde luego, abro el Génesis y encuentro la primera institucion del matrimonio en aquellas palabras: *Crescite et multiplicamini et replete terram*....

Por consecuencia, cierto es que la primera fórmula dada por el Señor fué la de un acto material y, por lo tanto, absolutamente natural.

¿Como interpretaban aquellas sociedades primitivas la forma de *creced, multiplicaos y llenad la tierra*? La interpretaban, señor presidente, como los pájaros en el follaje y como las fieras al pié del tronco de los árboles.

No predominaba mas que un sentimiento absolutamente materialista, y el hermano era el esposo de la hermana, y hasta el padre era el amante de la hija, por mas que los libros santos lo prohibieran.

Fué así como se desarrolló la humanidad surgida del Paraiso terrenal y al amparo de las instituciones sagradas, hasta que apareció Moisés, tal vez el mas grande de los legisladores humanos, porque fué el que arrojó fundamentos que hasta el día sirven de pedestal á civilizaciones perdurables....

Y fué Moisés, no Jesu-Cristo, por cierto, el que estableció los principios fundamentales de la actual familia cristiana, prohibiendo la consanguinidad.

Fué él, señor presidente, quien en su Dentronomio dijo: El hermano no se casará con la hermana, la sobrina con el tío, y así sucesivamente en los demás casos de parentesco,

Octubre 19 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16a Sesión de próroga

y constituyó la familia en nombre de un sentimiento de moral, despertando en el espíritu humano la repugnancia por la consanguinidad, y alzó entonces la institución de la familia del carácter silvestre y rústico en que la he presentado para darle la fórmula de una civilización que se ha desarrollado hasta el día, que Jesu-Cristo encontró hecha, que consagró y moralizó.

En aquellos tiempos, la filosofía de la historia lo enseña, la esterilidad era una ignominia, la mujer estéril entregaba al marido la esclava para formar sucesión, como sucedió en la familia de Abraham; y los mas felices y honrados eran los que tenían mas hijos. Los libros santos hablan de Gedeon que tuvo setenta y uno y de Salomón que reunió setecientas reinas y trescientas esposas de segunda clase.

Este matrimonio de Moisés fué incorporado á sus leyes y en su código recibió una forma legal que se enuncia en cuatro palabras: el consentimiento del esposo manifestado ante testigos responsables.

He ahí, señor presidente, derivada de los libros santos de la Iglesia la primera forma del matrimonio civil, que se ha desarrollado en el mundo.

El pueblo hebreo irradió su civilización, como es notorio. Grandes legisladores de la misma Grecia, como Solón, no desdenaron, según lo ha demostrado Dalloz en sus obras de jurisprudencia, el estudio de aquellas instituciones, y por eso emigró al occidente el principio de la poligamia y el del matrimonio previo consentimiento de las partes ante testigos.

Por esto tambien no es extraño sorprender en la civilización romana, sobre la cual toda esa antigüedad se reflejaba, el mismo principio establecido hasta los días del cristianismo.

Me parecería redundante y abusivo traer á la consideración de la honorable cámara las diferentes modalidades del matrimonio en el derecho civil de Roma, porque desde el momento en que enuncio que habia modalidades para el matrimonio civil, dejo demostrada su existencia en aquella legislación suprema, legislación que ha gobernado á una gran parte de la Europa en los códigos mas católicos del mundo, como las Partidas de don Alfonso el Sábio, que ha dejado vestigios en el código Napoleon, y que está palpitante todavía en el código Velez Sarsfield.

El cristianismo encontró el matrimonio civil establecido en la legislación romana, y así como Jesu-Cristo no tuvo una palabra de reforma para ese matrimonio entre los hebreos, los mártires romanos tampoco la tuvieron para el matrimonio establecido en las leyes de los emperadores.

El señor diputado por Buenos Aires nos decía á este respecto que Jesu-Cristo habia instituido el matrimonio con su carácter sacramental, en las bodas de Canaan.

Me parece que si la Iglesia no reconoce el libre exámen de los textos sagrados, no debiera tampoco avanzar demasiado en las interpretaciones.

Jesu-Cristo asistió á las bodas de Canaan, no con el propósito de fundar una institución, como habia venido al mundo á formar una religion. Fué casualmente convidado á asistir á esas bodas por creyentes de su doctrina que querian honrarse con su presencia; y fué con motivo de esta invitación casual que él, como maestro y apóstol, pronunció palabras de bendición y de gracia para sus creyentes.

Y como esto pudiera ser puesto en duda, rectificando yo á un distinguido orador y hombre de profundos estudios en materia eclesiástica, como el señor diputado Estrada, traeré en mi apoyo, para vigorizar mi palabra, el texto de los santos padres de la Iglesia.

Y diré, señor presidente, con San Agustín, que «Jesu-Cristo asistió á las bodas de Canaan á *confirmar* la castidad conyugal y á manifestar el sacramento del matrimonio.»

Confirmar la castidad conyugal significa simplemente encontrar un hecho jurídico, reconocerlo y agregarle la bondad y la gracia del apóstol.

Y todavía, por lo que pudieran ser interpretadas estas palabras, en el sentido de que ellas importaban instituir un sacramento, encuentro que San Epifanio en el Heresiarca ha dicho: «El matrimonio es digno de veneración y por la gracia divina conduce al reino de los cielos, como reconoce quien reflexiona que Jesu-Cristo *fué invitado* á las bodas de Canaan para bendecirlas».

De manera que este antecedente pierde una gran parte de la importancia que en la sesión anterior se le diera, cuando el acto practicado por Jesu-Cristo no fué sinó de bondad y de cortesía, en honor de quien lo invitara á partir el pan de su festín.

Por lo menos debería existir en alguno de los evangelios, que frecuentemente he leído, aquellas disposiciones espresas de Jesu-Cristo, como las dió en grandes materias de gobierno y de ortodoxia, para establecer que el matrimonio civil quedaba proscripto de la Iglesia, puesto que existia en el pueblo, que era su propio pueblo.

Debería existir tambien algun hecho de la legislación romana que concluyera con aquel matrimonio que el cristianismo encontraba implantado. Y lo único que podemos hallar es la Novela 74 de Justiniano,

Octubre 19 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16a Sesión de próroga

en que se establece tres modalidades de matrimonio: las tres de matrimonio civil. Y el matrimonio civil puro, como un grande honor, como la mas alta distincion y que se celebraba ante escribano público, era destinado á los dignatarios del Imperio; el matrimonio ante los *defensores* para todos los que fueran de la clase media, y el matrimonio de la plebe, que se hacia como quiera, como se casan en nuestros campos los gauchos, por el acuerdo de voluntades con la mujer querida á falta de sacerdotes que abandonen las comodidades de la ciudad, para ir á ejercer el ministerio de la religion en los desiertos.

Pero he dicho que Justiniano introdujo esta reforma del matrimonio en la Novela 74, y ella no subsistió la duracion de su propio imperio, pues la Novela 117 la abrogó, declarando que en Roma no habia mas forma de matrimonio que la del civil, es decir, que no habia mas fundamento del matrimonio que el acuerdo de las voluntades de las partes, aun para los mismos extranjeros, lo que importaba conceder á los bárbaros los privilegios de la nobleza romana.

Esta es la legislacion de la civilization mas grande de aquellos tiempos; y si se sigue la corriente de la historia, en los libros sagrados de los católicos, la encontramos incorporada al código visigótico de España, que, quizás, es el mas primitivo de aquella sociedad. No necesito decir con cuanta eficacia y claridad está el mismo principio consignado en las leyes posteriores. Me basta recordar la ley 3a de la 4a partida que declara el matrimonio válido y legitimo con el simple consentimiento de las partes, con la notoriedad del vecindario, de que vivian como marido y mujer.

Me bastaria recordar la legislacion de Portugal, que forma parte de la misma peninsula, centro fecundador de catolicismo, en la cual se encuentran los decretos del rey Alfonso IV y de su hijo Diniz, estableciendo el matrimonio civil en una forma prebendaria, para evitar los desórdenes de la nobleza, exigiendo la inscripcion en el registro público y declarando que el reino estaba lleno de sacerdotes que se casaban y que abandonaban á sus hijos y á sus mujeres, y que á fin de acreditar el matrimonio y para salvar los principios morales, era necesario que se casaran por el matrimonio civil, para que se pudiera probar en todo caso la paternidad. (*Aplausos*)

Señor presidente: No se habia completado el año mil de la era cristiana, cuando, por primera vez, apareció la existencia del matrimonio religioso, al lado de la legislacion uniforme del matrimonio civil.

¿Y de donde vino esta reforma? ¿Era por ventura, del seno de los concilios? ¿Era salida de la cabeza de los prelados?

El mundo estaba dividido en dos grandes fracciones: el Imperio de Oriente y el Imperio de Occidente.

En el Imperio de Oriente, el emperador Leon IV fué el primero que legisló que el matrimonio tuviera, además de las formas civiles, las formas religiosas; y en el Imperio de Occidente, fué Carlomagno quien trajo la reforma, porque, como lo enseña un historiador que no puede ser sospechoso á los impugnadores del proyecto, (pues no citaré á mis adversarios, autoridades que no sean católicas), como lo dice César Cantú, Carlomagno aprovechó, con habilidad, la fuerza moral de la Iglesia para sostener su imperio en la lucha contra los bárbaros.

Fué Carlomagno, entónces, el que estableció la intervencion de la Iglesia en el matrimonio. Le entregó como gaje ese precepto, por el cual incorporaba, en las formalidades del matrimonio, las solemnidades religiosas á las civiles.

Señor presidente: Carlomagno no abdicó, como es sabido, todos los derechos del Estado, y cuando fué necesario contener á la Iglesia la contuvo, porque él no era pontífice, no era mas que político, como otros emperadores.

Ahora, agotada brevemente la materia de los libros sagrados de la antigüedad y de los códigos, quiero ver lo que se encuentra en los grandes monumentos canónicos, de las bibliotecas conventuales.

Y esta es la oportunidad en que me será agradable darne cuenta de uno de los argumentos propuestos, y brillantemente defendidos, por el señor diputado por Buenos Aires, sobre la unidad de la doctrina de la Iglesia en materia de matrimonio.

Él comenzaba citando el nombre de los prelados, gloria de la Iglesia, beneméritos de la propaganda de la fé, héroes que con la tiara y la mitra han detenido el caballo de los emperadores. El primero de estos grandes héroes, preclaro obispo, era Nicolás I, quien, dijo el señor diputado, resistió al emperador Lotario.

Lotario I era emperador de Occidente, emperador de Alemania, y nunca tuvo cuestion con el papa Nicolás I. El señor diputado se ha referido, sin duda, y con razon, al conflicto de este papa con su hijo Lotario II, rey de Lorena, reino creado por el emperador para su hijo; y ese conflicto (me felicito de que se haya presentado la oportunidad de tratarlo), fué pura y simplemente un conflicto de matrimonio.

Ese pequeño reino de Lorena, creado sobre las costas del Rhin, formado con despojos de ducados y principados, habia dado lugar á guerras civiles entre hermanos, á una pro-

Octubre 19 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

funda discordia de familias y suscitado el deseo de que desapareciera.

El joven rey Lotario II se había casado con una alemana; poco después la repudió y quiso casarse con la mujer que lleva en la historia el nombre de Walhtrada. La ofendida acudió al papa (se sabe cuán grande era el poder que los papas ejercían en el orden político y social); el papa llamó á los obispos de Colonia para que unidos á los de Lorena examinaran el caso.

Los obispos dieron la razón al rey y condenaron á la esposa. El papa Nicolás I, que quería sostener la supremacía de la Iglesia, que estaba descontento por la formación del reino de Lorena, escomulgó á Lotario y á su nueva esposa y le obligó á ir á Roma á prostrarse á sus pies y pedir perdón.

Y fué ese pontífice enérgico, de quien se ha dicho que su gloria iguala á la de Gregorio I, fué ese pontífice quien firmó una declaración solemne, que forma jurisprudencia en la Iglesia, declarando válido, legítimo y moral el matrimonio civil.

Conocida es su encíclica á los búlgaros, en la cual dijo, á propósito de las dificultades que surgían en el matrimonio de los recientemente incorporados á la Iglesia: «Si faltara alguna de estas circunstancias (circunstancias quiere decir los ritos que la Iglesia católica exige para la celebración del matrimonio), si faltara alguna de estas circunstancias, no se sigue de ahí que haya necesariamente pecado, como lo imagináis, en la Iglesia griega».

Ese pecado parece que fuera lo que ahora se llama degradación de la familia ó concubinato de la mujer cristiana.

«Hacer todos esos preparativos (los ceremoniales del matrimonio religioso) es cosa no al alcance de la pobreza en muchos casos, y es por esto que bastará, en conformidad de las leyes, el mutuo consentimiento, en los consorcios de aquellos de quienes habláis».

La decisión del prelado iba á amparar á millares de familias de Hungría.

Su sucesor fué, señor, Adriano II. Habiendo sido consultado por un prelado que quería anular un matrimonio, porque le faltaban las solemnidades de las formas religiosas, confirmó la jurisprudencia de su antecesor, pronunciando estas palabras solemnes:

«No permitais que tal matrimonio se deshaga una vez que haya sido contraído de conformidad á las leyes, solamente porque no fué hecho con arreglo á los ritos de la Iglesia».

Alejandro III, consultado por el obispo de Norwich, sobre la validez de un casamiento, el cual había tenido lugar por simple acuer-

do de voluntades, y que el marido quería deshacer para tomar otra esposa, contestó: «que el marido se reúna á su primera mujer, una vez que se hubiesen cambiado palabras de presente, esto es, que el consentimiento mutuo se hubiese dado, aunque no hubieran llegado á la cohabitación».

Inocencio III, citado, me parece, en la sesión precedente, escribió á otro de sus prelados: «Me preguntáis si bastan palabras únicamente, y qué palabras bastan para contraer matrimonio: — *Respondo á la pregunta: que el matrimonio se contrae, en verdad, por el consentimiento legítimo*; pero por lo que respecta á la Iglesia, son necesarias palabras que expresen el consentimiento presente».

Un autor distinguido asegura, señor presidente, que en las decretales de Gregorio XI, (capítulo *De sponsalia et matrimonium* — *De clandest. desponsat.*) se encuentran muchas otras declaraciones de prelados de la Iglesia, de concilios y de pontífices, que establecen que la falta de sacramento no es una causa de invalidez ni de ilegitimidad.

Y estas conclusiones se fundan en que, si bien es cierto que la Iglesia puede ejercer el derecho propio, aplicando su gracia á los desposados, no es menos cierto que el orden social y la moral de las familias están en alto, para que por cuestiones de forma en el matrimonio, puedan, sin embargo, sucumbir los vínculos, deshacerse las herencias y perturbarse los hogares.

Graciano, señor presidente, en una obra que resume toda la teoría canónica en materia de matrimonio, en su época, dice las siguientes palabras:

«El casamiento válido, aunque no legítimo, es el de aquellos esposos que despreciando todas las precedentes solemnidades, por amor se ligan á cualquier mujer».

San Agustín, de quién se ha dicho que era la cabeza mas vigorosa de la Iglesia en su tiempo, agregaba: «Es costumbre preguntar cuándo un hombre y una mujer solteros se unen, prometiendo uno á otro mutua fidelidad, no con el objeto de tener prole, sino por las delicias de la incontinencia, si á esta unión puede darse el nombre de nupcias. En verdad, se puede, tal vez, sin absurdo, llamar á este casamiento perfectamente válido, si hasta la muerte de ambos, ellos mantuvieron sus mutuas promesas».

Palabras análogas puedo citar de Solís, obispo de Córdoba y de Lazo, obispo de Placencia, aunque creo que estos son algo repugnantes para la Iglesia, porque habían iniciado á los reyes de España en la teoría de la regalia, de sostener la soberanía del Estado en frente de las invasiones de un poder extraño, que, invocando sentimientos

Octubre 19 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

religiosos, quería, sin embargo, gobernar las cosas temporales.

Por fin, la honorable cámara sabe con cuanto brillo ha sido citado y comentado en el honorable senado el texto de Santo Tomás, cuyo texto, estudiado con espíritu desprevenido y sereno, no es otra cosa que el fundamento de la ley de matrimonio civil que se discute; porque dice que el matrimonio, como cuestión de derecho natural, pertenece á este derecho; como asunto civil, es el Estado el único que debe intervenir; como asunto religioso, la Iglesia.

¿Qué se propone en este debate? Que intervenga, el Estado y la Iglesia, cada uno en el asunto y en el ejercicio de sus derechos respectivos. Me parece, señor presidente, que si Santo Tomás viviera, Santo Tomás habría aceptado este proyecto para ser lógico con su filosofía! (Aplausos).

El concilio de Roma, celebrado el año 826 de la Era Cristiana, aceptó de una manera espresa y categórica estas decisiones, declarando que no son nulos los matrimonios contraidos sin las ceremonias de la Iglesia.

El arzobispo de Palmira dice así: «Es fácil que entre cristianos, así herejes como cismáticos ó católicos, haya muchos matrimonios, que siendo verdaderos en razón de contrato, *no sean sacramentos de la nueva ley*».

Este obispo, señor, es el que á mi juicio ha planteado la cuestión de la manera mas clara. Puede ó no haber sacramento, puede la Iglesia negar sus beneficios como sociedad particular y de propaganda; pero decir por eso que no hay familia, que no hay derechos hereditarios, que no hay un nombre que llevar, eso no lo puede declarar ningun poder sobre la tierra!

Benedicto XIV, hablando de los casamientos de los protestantes de Holanda resuelve: «Si en adelante se celebrasen algunos matrimonios de esa especie declara Su Santidad que tal matrimonio, no habiendo otro impedimento, debe tenerse por válido; y que ninguno de los dos consortes puede en vida del otro pasar á otro matrimonio, con el pretexto de no haberlo guardado en el primero la forma mandada en el concilio tridentino».

He aquí señor presidente, pulverizado el anatema del concilio de Trento para los que admiten que el matrimonio civil es válido, y pulverizado, nó, por cierto, por esta especie de herejes revolucionarios del siglo XIX, sino por la palabra autorizada del papa Benedicto XIV!

Todavía el mismo arzobispo de Palmira decia confirmando esta doctrina: «Repito que el matrimonio de cristianos celebrado

cristianamente *ante el magistrado civil* (este lenguaje, señor presidente, ya no parece de los siglos pasados, parece el lenguaje de la Francia, el de la Alemania, el de la Italia en pleno año 88). . . . «*sin la presencia del sacerdote*, será sacramento á lo menos en la segunda significacion de este nombre». . . . (el arzobispo de Palmira vá mas lejos: lo hace sacramento en el segundo grado). . . . «como lo es en la ley mosaica, y los actos de fé con que lo celebran los cristianos alcanzarán auxilio ó gracia de Dios».

Ruego á la honorable cámara que se aperciba de la importancia de esta filosofía. Este arzobispo no considera un concubinato despreciable tal matrimonio; no lo considera causa de disolución social, de perturbación del orden de la república, como se ha dicho; lo considera como un sacramento de segundo grado, como el matrimonio que Jesu-Cristo autorizó en las bodas de Canaan, resultando que, invitado un sacerdote á concurrir á la fiesta, como fué invitado el Salvador, puede y merece recibir la gracia de la Iglesia, en vez de ser proscripto y anatematizado por ella.

Y agrega el prelado: «Y los que hayan *contraído matrimonio válido, como contrato natural y civil; sin ser sacramento de la nueva ley*, deben por su parte hacer lo posible para que su matrimonio sea elevado á esta dignidad y para recibir ellos mismos las gracias que en sí contienen los sacramentos de la Iglesia».

Que pretende, por ventura, mas de lo que dice el arzobispo de Palmira la comision en su proyecto? ¿No ha dicho ella, señor: cuando os caseis por el derecho civil, estais perfectamente libres de recibir la gracia, cualquiera que sea la Iglesia de vuestro culto?

¿No es cierto, señor presidente, que si el papa Benedicto XIV y el arzobispo de Palmira estuvieran en Buenos Aires, para ser lógicos con la filosofía predicada al mundo, deberían tambien suscribir nuestras ideas?

Por fin, San Juan Crisóstomo, hablando á los herejes, ha dado otra fórmula concisa; y me parece, sin ser profundo conocedor en materia de santos, que San Juan Crisóstomo goza de gran predicamento entre los doctores de la Iglesia.

El decia, como un consejo: «No os caseis como un gentil sino como cristiano, *no por liviandad*, sino por merecer el sacramento.»

De manera que para San Juan Crisóstomo no era una *liviandad*, no era un concubinato, casarse con arreglo á la ley civil: él exhortaba, en el uso de su derecho de predicador, á que buscáran la gracia como un beneficio moral.

Pero voy á cerrar esta esposicion de lo que dicen los viejos textos de los conventos—pi-

Octubre 19 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16a Sesión de próroga

diendo encarecidamente disculpa á la cámara si ella ha sido larga y fatigosa. —la voy á cerrar, digo, con la palabra de aquel ilustre pontífice á quien el señor diputado por Buenos Aires tributaba merecidos elogios y calurosos aplausos.

Él nos habló de Pio VII, ese papa gigante que habia resistido al mas grande de los colosales temporales, á Napoleon Bonaparte.

Y bien, señor presidente, aceptemos la doctrina de ese papa valeroso, recojamos el matrimonio civil que él contrató con la Francia en un concordato, ley de las naciones, y cuyo artículo 4 voy á leer.

Es el concordato de 1801: «Los curas no harán publicaciones estrañas al ejercicio del culto, á menos que sean autorizados por el gobierno; *ni darán bendicion nupcial sinó á aquellos que justipien, en buena y debida forma, haber contraido el matrimonio civil ante el oficial de la autoridad*». (Aplausos).

Despues de estos argumentos, señor presidente, despues de esta solucion definitiva incorporada al derecho público del universo por un tratado celebrado entre uno de los mas grandes pontífices y uno de los mas grandes potentados de la tierra; despues de haber hecho hablar al Génesis, á los códigos hebreos y romanos, á la legislacion cristiana, á los concilios, á los prelados, á los obispos, á los arzobispos, á los patriarcas y al mismo Pio VII, yo digo: todos nosotros, herejes del nuevo tiempo, revolucionarios delirantes, podemos poner, al pié del proyecto que se discute, la firma de muchas de las mas grandes y respetables figuras de la Iglesia! (Aplausos).

Sr. Pellegrini— Pido la palabra.

Hago mocion para que pasemos á un cuarto intermedio, á fin de que el señor diputado tome un poco de descanso.

Sr. Presidente— Invito á la cámara á pasar á un cuarto intermedio.

—Así se hace.

—Vueltos á sus asientos los señores diputados, continúa la sesion.

Sr. Zeballos—Señor presidente :

A la faz de las conclusiones de puro derecho que he tenido el honor de someter á la benévola atencion de la cámara, en esta especie de informe *in rore* que estoy pronunciando, han sido presentados al debate universal las decisiones del concilio de Trento; y aunque este concilio es generalmente conocido y ha sido materia de observaciones interesantes en el honorable senado, me parece que no se ha profundizado suficientemente

la índole, procedimientos y resoluciones de una asamblea que, sin embargo, no puede dejar de preocuparnos de una manera especial, porque ha venido á imprimir al mundo espiritual y temporal un nuevo rumbo, estableciendo principios que han salido de los límites de la influencia misma de la Iglesia, para llegar á encarnarse hasta en el gobierno de las naciones.

El concilio de Trento está muy lejos de ser conocido con verdad por el mundo, apesar de lo mucho que sobre él se ha escrito; y pienso que considerar este asunto bajo ciertos aspectos, no podrá ser sinó conveniente para la solucion que nos proponemos alcanzar.

Y digo que este concilio, apesar de las numerosas historias que sobre él corren, no es bien conocido, porque esas historias están reciprocamente protestadas y acusadas de falsificacion en los textos, y porque todos estos cargos de que la literatura histórica toma cuenta sobrada, no tienen otro fundamento sinó la pertinacia, la constante severidad, con que durante tres siglos han mantenido los pontífices en el mas absoluto secreto las actas originales y completas de la asamblea, guardadas tras de los cerrojos del castillo de Santo Angelo.

Por mucho que he investigado no he podido encontrar una sola acta publicada, sinó simples crónicas y extractos, y original solamente conozco las frases pronunciadas en el concilio por fray Bartolomé de los Mártires, delegado del gobierno de Portugal, porque éste, valido de una laboriosa negociacion diplomática, consiguió, como una gracia de Su Santidad, que le procurara la cópia de esas conclusiones de derecho civil, llamadas, como todas las decisiones del concilio, á ser incorporadas á la discusion del pensamiento humano.

El concilio de Trento duró diez y cho años, desde 1545 á 1563. Bajo sus turbulentas y á veces anti-cristianas sesiones, en las cuales se discutia hasta las comedias pornográficas de Plauto, en que aparecen los hijos enamorando á las madres, dos emperadores pasaron arrastrando su túnica de púrpura por delante del concilio: Carlos V y Fernando I. Tres sumos pontífices le rindieron homenaje, Paulo III, Julio III y Pio IV.

La política de Europa fué la constituyente de esa asamblea, porque niego de una manera categórica y perentoria, que tuviera el carácter de una asamblea de los doctores de la Iglesia; fué un cónclave de los potentados del mundo para distribuirse sus destinos. No eran delegados de los pueblos católicos, no eran nombrados por los colegios de canónigos, ni por las asambleas; eran los plenipotenciarios de los estados, constituidos políticamente en concilio para alternar con los cuatro delegados que se le permitió nombrar

al papa como representantes de los derechos de la Iglesia.

Y bien: en el concilio constituido en esta forma, bajo la influencia de emperadores de la talla de Carlos V y de tres papas, de aquellos papas omnipotentes, como eran entonces, concíbese con facilidad, sin que tenga para qué demostrarlo, cuanta variedad de intereses, de aspiraciones encontradas, de egoísmo y de errores debían intervenir en sus deliberaciones y decisiones, á términos tales que un historiador ha dicho que parece que el Espíritu Santo se hubiera retirado por pudor, en ciertos momentos, de las sesiones del concilio.

Pero necesito buscar algunos datos para fundar mis opiniones, y acudo á la Iglesia.

Encuentro la historia de fray Pablo Sarpi, escrita en Venecia. No la citaré porque ataca el concilio, y quiero ser lógico con mi propósito de marchar de flanco para tomar por retaguardia los cánones, abriéndolos en sus propios archivos.

Está la historia del jesuita Palavecino, defensor del concilio, que gozó de las inspiraciones del pontificado, que recibió los datos que le eran negados á todo el mundo y que estaban encerrados en los archivos, y que puede decir en todo la verdad, como puede en algunos momentos callarla si no conviene á su propaganda.

Y bien: el panegirista del concilio, el jesuita Palavecino, ha dicho que despues de largos años de anarquía, de discusiones sobre territorio, sobre gobiernos y sobre materias de dogmas y de disciplina de la Iglesia, en las sesiones del último año, en 1563, aparecieron en el debate las cuestiones que los teólogos formulaban sobre materia de matrimonio.

Y estas cuestiones fueron planteadas en los siguientes términos:

Primero—¿Conviene ó nó anular los casamientos clandestinos? (La Iglesia entendía por casamientos clandestinos los matrimonios civiles, que no habían recibido el sacramento).

Segundo—¿El matrimonio cristiano debe ser considerado siempre como un sacramento, ó solamente lo es el que se celebra conforme á los ritos de la iglesia y con la bendición del sacerdote?

Formuladas así estas dos proposiciones, se dividió profundamente la opinión de los prelados; la división fué de tal manera honda que no era ni posible llegar á votarlas; y despues de muchos días de formuladas, hubo necesidad de plantear los cánones en otra forma.

Se presentó entonces este otro proyecto de

una gravedad fundamental para este debate, proyecto por el cual se pedía que el concilio fulminara el anatema contra los enemigos del matrimonio civil. Todo lo contrario de lo que ahora sucede!

Y se quería anatematizar á los enemigos del matrimonio civil por consideraciones de orden social y político; porque la Europa, en su mayoría, se encontraba empeñada en reformas religiosas, y por que una masa de millones de hombres y millares de familias no aceptaban las formas sacramentales.

Entonces, algunos prelados consideraban que era un atentado contra la conservación del orden social, pedir la anulación de esos matrimonios, por que traería la disolución de las familias. Y, por eso, se dijo: El que diga que el matrimonio civil es nulo, *anatemasit!*

La segunda proposición ó cánón, sometida al debate en la nueva forma, era la siguiente: Establecer, por un decreto meramente disciplinario, que, de ahí en adelante, serían nulos todos los matrimonios contraidos sin la presencia de tres testigos. Y se declaraban nulos también los de los hijos de familia, celebrados sin licencia paterna, antes de la edad de diez y ocho años, en el hombre y de diez y seis en la mujer.

Esta cánón proyectado es, me parece innecesario demostrarlo, la mas absoluta consagración del matrimonio civil por parte de los prelados.

Pero en 1563 aparece en el seno del concilio una de las mas altas, arrogantes y pomposas figuras que en él han intervenido: me refiero al arzobispo de Lorena, gran talento, inmensa fortuna, íntimo amigo de los potentados de la tierra y dueño absoluto de la confianza del rey de Francia.

Llega al concilio y dice: Atrás! La Francia hace cuestión de Estado, la Francia reclama la nulidad de los casamientos civiles, reclama la nulidad de los casamientos de los hijos contra la voluntad de sus padres.

En esta oportunidad se confirma una vez mas mi tesis de ayer, de que en asuntos religiosos se debe entregar las soluciones al sagrado santuario de la conciencia, porque en estos debates no se trata de otra cosa sino de combinaciones subterráneas de política fina. (*Muy bien! Muy bien!*)

Esta presión de la Francia, del gran prelado, arrojó, señor presidente, en el caos al concilio.

Segun Palavecino, el panegirista jesuita del mismo, la mayoría de los santos padres rechazaba como artículo de fé la nulidad del matrimonio civil ó casamiento clandestino. Y agregaba que si solamente se les presentaba como cuestión de disciplina de la Iglesia,

Octubre 19 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

estaban dispuestos á aceptarla; pero, como cuestion de dogma, jamás!

Para que mis traducciones no puedan pecar de falta de conocimiento profundo de la lengua, diré las palabras del libro 22, capítulo 4, párrafo 2, de P. Lavacino: «*Se il decreto si fosse preso come semplice legge, sarebbe passato; se come articolo di fede, sarebbe intoppato.*»

Ahora conviene conocer la opinion de algunos de los prelados ilustres.

El obispo de Mólena sostuvo: «La autoridad temporal (*repubblica*) tiene poder sobre la persona de sus súbditos; y, por lo tanto, le es permitido proveer en las materias del estatuto personal como lo crea conveniente.»

«Antes de ser el matrimonio un sacramento, el Estado había rejido siempre el acto: no era posible admitir, en consecuencia, que elevado este su» (*su*, se refiere al Estado) «frecuente é importante contrato á la dignidad de sacramento, derivase de tal hecho un perjuicio para la sociedad civil, haciéndola incompleta é impotente para llenar sus propios fines.»

De manera, entónces, que en el seno del concilio hubo una cantidad notable de prelados que emitian estas opiniones: Nosotros, por el hecho de erijir el matrimonio en sacramento, no queremos despojar al Estado de su soberanía absoluta para legislar é imponer todas las modalidades que la ley puede declarar.

Y aqui viene bien la lectura de ese pequeño texto conquistado por la habilidad diplomática de Portugal á los misterios del castillo de Santo Angelo. Es un texto de fray Bartolomé de los Mártires, que dice: que «la anulacion de los matrimonios clandestinos no importa deshacer un sacramento, desde que se reconoce los derechos del Estado: lo que se deshace es un contrato.»

Tengo la cita en latin, pero excuso leerla.

Los obispos de Almería y de Ipres sostenían que «la anulacion del matrimonio por la Iglesia no debía destruir las obligaciones jurídicas que derivaban del pacto.»

Y cuando se dijo por el obispo de Lorena que la anulacion de esos matrimonios era necesaria para poner un valladar al desborde de la concupiscencia y de la inmoralidad del mundo, el obispo belga que antes he citado dijo estas palabras, verdaderamente evangélicas: «No se debe restringir la libertad y el remedio de todos, para evitar el daño de los malos.»

Y en verdad, señor presidente, tendré el honor de demostrar mas tarde, que una de las causas de depresion de esta sublime religion católica, no es otra que la tendencia de

encadenar á los pueblos en un cargo permanente de inmoralidad y de crimen, como si la inmoralidad y el crimen fuera el estado normal de las sociedades. (*Muy bien! Muy bien!*)

El obispo de Salamanca sostuvo mas todavía: que el matrimonio civil era la moda de la nobleza.

«Siendo el hombre un ente político y social, todas sus acciones deben estar sometidas á los poderes políticos para que estos las reglamenten y las dirijan en el sentido del bien comun. Asi, el casamiento, en cuanto es contrato simplemente civil, está sujeto al poder temporal; y en cuanto es contrato de cristianos, está sujeto al poder eclesiástico».

A eso contestó el obispo de Lorena: «Ha llegado á tal extremo el orgullo humano, que los hidalgos tienen por afrenta contraer matrimonio de otra manera que no sea por aquella forma prohibida, reputando solamente honroso lo que es ilícito.» Texto de prelado que significa esto: que la aristocracia, la gente mas educada de la época, apesar de los papas omnipotentes y de la sociedad católica, no tenia otra manera predilecta de casarse, sin ignominia y sin disolucion de la familia, que la del matrimonio civil.

En este estado del debate, se levanta ante la personalidad prepotente del célebre obispo de Lorena, una figura humilde, flaca, incisiva y movediza, representada por el general de la órden de los jesuitas; y este, mas hábil político que pensador utopista, considerando el estado del mundo y la oportunidad de desplegar y consolidar una influencia superior, dice en el seno de la confusion reinante: ¡No! No debemos ceder á la presion, á la coaccion de la Francia; el mundo necesita ir á una transaccion! Y surgió entónces al debate una tercera y nueva forma de canon, que, como obra de espíritu sutil y hábil, fué conducida á la victoria.

Ocho meses habian pasado en estas vacilaciones y debates que he tenido el honor de perfilar con rapidez, suprimiendo opiniones y detalles; pero ya se habia formado un partido que contenia sesenta obispos dispuestos á votar contra la nulidad del matrimonio civil incluyendo á tres de los cuatro legados del papa.

La presion del general de los jesuitas habia llegado á punto de hacer fracasar aquellos anatemas proyectados, y entónces el concilio buscó un espediente dilatorio, que consistia en someter la cuestion á la decision del sumo pontífice.

El sumo pontífice debió encontrarse en presencia de aquella lucha de potentados de Europa bajo el pálio de la Iglesia, en la situacion mas desesperante y comprometida que me parece habrá pasado político alguno

Octubre 19 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16a Sesión de próroga

de la tierra, porque cuando esas cuestiones europeas se ponen en el tapete, no son, por cierto, como nuestras cuestiones americanas, en que nos matamos por ambiciones de presidencias, de ministerios y de gobernaciones. Nó! Allí son cuestiones en que los hombres se baten para arrebatarse territorios, para inscribir nuevas fronteras en los mapas del mundo, avasallando naciones enteras y sometiénolas. Entonces, pues, me parece que las soluciones son mas difíciles y que los conflictos morales de esos pontífices inspiran honda compasión, en medio de su magnificencia y de su poder.

É hizo obra de pontífice: se lavó las manos y dejó que la asamblea resolviera. (*Muy bien! ¡Muy bien!*)

Otro expediente dilatorio de aquel célebre y admirable cardenal de Lorena: No resuelve el papa, pues que resuelvan las nieblas; convoquemos una asamblea de teólogos para que ilustren el punto.

Y los teólogos se reunieron. Eran dos teólogos nombrados de una parte, y otros dos teólogos ilustres nombrados por la otra. No eran doctores de la Iglesia: fueron profesores de derecho, consultores especiales. Y supongo que se reunieron en un salón redondo como este, con una mesa colocada en el centro, y allí los prelados los rodearon ávidos de sabiduría.

Los teólogos nombrados concluyeron por no entenderse: levantaron la voz, produjeron el escándalo, intervinieron los oyentes y entonces, como dice un escritor, aquella asamblea terminó sin los auspicios del Espíritu Santo. (*Muy bien!*)

¿Qué había entonces que hacer? Era necesario votar, y votar lo que saliera del caos. Y debo decir, señor presidente, que esa misma crítica de Palavecino, y las de Erenlano, del vizconde de Seabra, redactor del código civil de Portugal, del mismo padre Sarpi, están de acuerdo en sostener que el jefe de la asamblea era impotente para dominarla, y que las escenas tumultuosas que se produjeron habían sobrepasado los límites y las perturbaciones mismas de los parlamentos.

Llegó el instante de la votación, que duró dos días, y al dar su voto cada prelado estableció sus teorías, pronunciándose discursos vehementes y amenazadores, condenando los matrimonios clandestinos, sosteniendo que era un escándalo que la Iglesia los condenara.

Otros decían: si por la presión de la mayoría, si por la fuerza de la votación se aceptan los cánones, nos guardaremos muy bien de asistir y autorizar el escándalo con nuestra presencia en la sesión solemne de la proclamación.

He tenido necesidad de valerme de esta

forma gráfica para que se vea cómo el concilio de Trento pronunció su votación de transacción entre las exigencias pretorianas de la Francia y las requisiciones sutiles y habilísimas del general de los jesuitas.

La mayoría de 125 á 130 votos estuvo por la declaración de nulidad de los matrimonios clandestinos. Pero al mismo tiempo se aceptó el canon propuesto por el general de los jesuitas, que importaba reconocer la existencia y la validez del matrimonio que durante diez y seis siglos de era cristiana hasta entonces había existido en la humanidad.

Y decía el canon que en todos aquellos países en donde las decisiones del concilio no hubieran sido promulgadas y aun en aquellos que las hubieran promulgado, los matrimonios celebrados dentro de los treinta días de la promulgación, sin la forma sacramental de la Iglesia eran matrimonios válidos; lo que importaba incorporar, después de estas vicisitudes, el principio fundamental del matrimonio civil á las decisiones del concilio de Trento; y, sobre todo, resultó que aquellos grandes prelados bajaban la cerviz ante la soberanía de las naciones, declarando que sus leyes no tendrían vigor sino allí donde el soberano les hubiera puesto el asentimiento y el cúmplase. (*Muy bien! ¡Muy bien!*)

Creo, señor presidente, que acudiendo á fuentes no muy claras todavía, discutidas y contradictorias, he podido presentar á la Cámara estos antecedentes de la grande asamblea de los cristianos.

Es muy posible que el espíritu humano tuviera grandes progresos que adelantar y el derecho civil, que es el mas humano de todos los derechos, amplios principios con que ilustrarnos, el día que la conquista de Roma fuera completa, no solo por la entrada de las armas que tenían títulos á su soberanía, sino por la conquista del pensamiento humano de las reliquias jurídicas guardadas en el castillo de Santo Angelo!.....

Cerraré aquí la segunda parte de mi exposición relativa á los puntos del discurso del ilustrado diputado por Buenos Aires, que se proponía demostrar la unidad de la teoría de la Iglesia en la materia en debate.

Voy ahora á examinar aquello que es siempre mas caro á todo argentino, aquello que no puede recordarse sin sentirse un estremecimiento patriótico, lo que sirve de fundamento á nuestras instituciones y lo que constituye la promesa mas halagüeña de nuestro porvenir. Voy á hablar de la constitución argentina.

Y, señor presidente, me ocupo de ella, con cierto temor. El señor diputado por Buenos Aires decía que son muchos los que critican la constitución y la respetan; pero son mas lo que la elogian y no la respetan.

Octubre 19 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16a Sesión de próroga

Veré, despues que tenga el honor de es- poner mis ideas, en qué categoría quiere co- locarme la generosa y noble intencion de mi distinguido maestro y amigo.

Se ha hablado mucho en este debate de la constitucion argentina; pero me será permi- tido pensar que la materia no ha sido tratada en conjunto, sinó analizando en detalle al- gunos artículos constitucionales que, inter- pretados aisladamente, pueden significar una cosa; pero que entrelazados y comentados por el espíritu de sus autores, pueden signi- ficar propósitos absolutamente contrarios.

La convencion constituyente de 1853, se- ñor presidente, fué llamada al día siguiente de una situacion deplorable, y... ¿por qué no hemos de tener el derecho los argentinos de decir toda la verdad de lo que pensamos de nuestro pais?... despues de una situacion de barbarie, que la historia ha de presentar un día con todos los caracteres sombríos que le corresponden.

La República estaba despedazada; los pue- blos no eran mas que la concentracion de la violencia ó de la opresion entre los puños de los caudillos que dominaban con la lanza ó con el sable.

La República estaba faccionada por el ar- royo del Medio; Buenos Aires resistía por un lado; el general Urquiza hacia fulgurar su espada por el otro.

Sin embargo, por uno de esos hechos im- perecederos en la historia, que los pueblos antiguos rodeaban de los misterios de la di- vinidad, en su ignorancia ó en su escasez de prevision de las cosas filosóficas y del porvenir, atribuyendo los sucesos al favor de los dioses ó personificando sus héroes en figuras de semidioses, el pueblo argentino, en un momento de revelacion suprema, eli- gió el mas libre de los congresos nacionales, un congreso en el que se sentaron algunos de los que eran entonces las primeras ilus- traciones de esas pobres, tristes, ensangren- tadas y derruidas provincias. (*Muy bien!*)

El congreso, constituido bajo los resplan- dores, que cegaban, del caudillo prepotente, vencedor en campos de batalla y dueño de ejércitos de lanceros, que se movian como rebaños, sancionó aquel decreto que es la página de oro de la historia de la constitu- yente, diciendo: Caudillo glorioso y omni- potente, contentáte con la honra de organi- zar tu patria; pero no será permitida la reeleccion del presidente de la República. (*Bravos.*)

Aquel congreso encuentra ese organismo, que con pincel maestro dibujaba el digno di- putado por Buenos Aires, un organismo esencialmente católico; pero católico medie- val, porque la ilustracion faltaba en un país que no habia tenido tiempo sinó para ma-

tarse y donde los libros estaban proscritos, en un país en que la libre navegacion de los rios habia sido cerrada á todas las ban- deras. (*Aplausos.*)

Y ese organismo medieval tenia estos ca- racteres: cuando por casualidad un extran- jero llegaba á las playas del país y penetra- ba en sus ciudades, la culata del arma del gendarme le hacia arrodillar en media calle ante el viático que pasaba. Y cuando el co- ronel Ramiro moría en Entre-Ríos, la Iglesia le negaba sepultura porque no habia querido abjurar de sus creencias ante el sacerdote que lo auxiliaba en la hora de la muerte!

Confirмо las palabras del ilustre diputado: ese era el organismo político de la Repúbli- ca! *Gloria in excelsis* á aquel Congreso que, levantándose mas arriba de los fe- nómenos del momento, decia: No hacemos una nacion para nosotros, ni para nuestros hijos; fundamos una patria para la poste- ridad, y le consagramos los principios del porvenir! (*Aplausos.*)

Y así fué, señor presidente, cómo aquella asamblea de católicos, porque no habia uno solo que no oyera misa y recibiera la sagrada hostia en los altares venerables, levantó la bandera de los principios liberales moder- nos, para que perfeccionándose la patria en el porvenir, diera sombra á todas las aspira- ciones. Y cuando alguien le dijo, como se verá mas tarde: La Iglesia se resiste, esa asamblea contestó: Dejad á la Iglesia que proteja las almas, y dejadnos á nosotros que hagamos la República. (*Muy bien!* *Muy bien!*).

Señor presidente: contestando al señor miembro informante de la comision, el digno diputado comenzaba por analizar el preá- mbulo que concluye poniendo la carta funda- mental bajo los auspicios de Dios, fuente de toda verdad y justicia, para deducir de ello que la constitucion era esencialmente cristia- na.

Señor: La idea de Dios es anterior á todas las religiones, porque es anterior al hombre. La idea de Dios, incorporada á un código, no significa, cuando ese no es un código de secta ó de confesion religiosa, el Dios de los cófrades. La idea de Dios, incorporada á un código, tiene su sentido jurídico. Y para no salir yo de mi propósito y de mi programa, digo que, incorporada la idea de Dios á la constitucion argentina, no puede aceptarse sinó como esta nocion única, que está de acuerdo con el texto espreso y el espíritu de la misma constitucion: Dios es una fuerza superior á todo lo creado.

Y la forma de este concepto reviste tantas y tan variadas faces en el universo, como diversos son los territorios, las naciones y los climas.

Bajo la idea de Dios, señor presidente, es-

Octubre 19 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

tán dignamente cobijados los católicos, apostólicos, romanos, como están los indios del desierto, que creen en los volcanes, como están los incas, que adoran el sol, y los lesgraciados que viven en las oscuridades de las religiones sensualistas del Oriente.

El concepto político de Dios, en un pueblo libre y culto, significa pura y simplemente aceptar la idea jurídica de la divinidad, porque es un principio de todos los hombres políticos del siglo XVIII y del siglo XIX, que no puede haber un pueblo sin ideales, que no debe haber un pueblo que no crea en algo, porque de otra manera sería incapaz de creer en sus propias leyes. (*Aplausos*).

Por consiguiente, no es posible hacer una especulación filosófica para descubrir el espíritu católico de la constitución argentina, porque ella haya consignado la idea de Dios como fuente, origen y fin de todas las religiones.

En seguida decía el señor diputado: El patronato existe, luego, la constitución es católica.

Tengo aquí las «leyes de mayo,» de 1873, dictadas en Alemania, que someten á la Cérrea mano de ese imperio armado, la Iglesia; no ya, señor presidente, como nosotros, en materias que se refieren á los derechos del Estado: hasta en la disciplina que observan sus prelados disponen esas leyes. Y sin embargo, no podría hacerse eficazmente el argumento de que la Alemania es una nación católica, cuando está gobernada por protestantes.

Pero, señor presidente, voy á abrir el texto de la constitución argentina para demostrar á la honorable cámara que en la constituyente de Santa-Fé hubo oradores que, si no tenían el talento y la elocuencia que vemos brillar en las bancas de los diputados católicos, tenían el fervor y la sinceridad de creencias, que bastan para defender una bandera en cualquiera circunstancia.

Voy á demostrar, en efecto, que las pretensiones de la Iglesia fueron espuestas día á día, artículo por artículo en la constituyente, y que día á día, artículo por artículo, fueron expresamente derrotadas en la votación, en nombre de esos grandes principios de filosofía patria que he tenido el honor de manifestar hace un momento. Y cuando yo haya hecho esa demostración abriendo el libro de sesiones, entonces me parece que solamente podrá sostenerse que la constitución argentina es católica, apostólica, romana, quemando estas actas en una hoguera de las que por Dios y por la civilización deseo que no ardan mas en ninguna parte de la tierra.

Alguna tradición, señor presidente, recibió el congreso constituyente de Santa-Fé.

El estatuto provisional del año 15, sancionado en los albores de la revolución, estableció en el capítulo 2º, artículo 4º que la religión católica, apostólica, romana, era la religión del Estado; y en el 2º decía: «Todo hombre debe respetar el culto público y la religión santa del Estado. La infracción de este artículo será mirada como una violación de las leyes fundamentales del país».

La constitución del año 19 dice: «Artículo 1º.—La religión católica, apostólica, romana es la religión del Estado y el gobierno le debe la mas eficaz protección, y los habitantes del territorio todo respeto, cualesquiera que sean sus opiniones privadas».

«La infracción del artículo anterior será mirada como una violación de las leyes fundamentales del país».

Y la constitución del revolucionario Rivadavia, del año 26, conservaba todavía el principio fundamental, diciendo: que «su religión es la católica, apostólica, romana, á la que prestará siempre la mas eficaz y decidida protección, y sus habitantes el mayor respeto, sean cuales fueran sus opiniones religiosas».

Estos eran los únicos precedentes sancionados por el país de que se recibió, en medio del caos de la república, la constituyente de Santa-Fé.

Como fuente de ilustración, el señor diputado por Salta doctor Zorrilla lo ha dicho, tenían la obra luminosa de Alberdi, á la cual nuestras desgracias políticas no nos han permitido el valor de hacerle suficiente justicia todavía. Y como elemento de ilustración de Alberdi, (tengo la version del finado é ilustre doctor Nicolás Avellaneda) habia un ejemplar descolorido y de hojas casi rotas, del *Federalista* de Estados-Unidos, traducido al portugués, en 1836, por los republicanos de San Paulo é impreso por la imprenta de *O Pharol Paulistano*.

Véase, pues, cómo aquellos apóstoles de la nacionalidad argentina habian sabido conseguir, en medio del aislamiento y de la barbarie del país, las fuentes eficaces para beber las grandes inspiraciones que presidieron á la organización nacional.

Realizaron acto de audacia, señor presidente, y de audacia tanto mas temeraria, cuanto mas ignorantes eran nuestros hombres públicos, en materia de gobierno, por que el unico ejemplo de este sistema que hemos adoptado era el de los Estados-Unidos, y en ese momento atravesaban una situación muy distante de ser consoladora y estimulante, entregados á los ardores de la lucha vehemente promovida por Calhoun y Jackson y cuyos estertores llegaron á producir la guerra

Octubre 19 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

mas grande que haya tenido la humanidad entre hermanos: la guerra de secesion.

Sin embargo, ellos tuvieron fe en el por- y nos legaron ese mismo sistema que tan rudas pruebas sufría en el norte.

Y bien, señor presidente: asistimos á la barra de la sesion del 24 de abril de 1853, en que el diputado Zenteno, por Catamarca, impugnó en el proyecto de la constitucion que está en vigencia, el artículo 2º que establece que la república sostiene el culto católico, apostólico, romano.

El señor Zenteno propuso: *«La religion católica, apostólica, romana, como única y sola verdadera, es exclusivamente la religion del Estado».*

«El gobierno federal la acata, sostiene y protege particularmente para el libre ejercicio de su culto público. Todos las habitantes de la confederacion le tributarán respeto, sumision y obediencia».

Entonces, señor presidente, en presencia de este estallido de los tiempos medios del mundo, aparece la figura evangélica y serena de fray Jesús Perez, presidente del congreso, y parece decirle: «Detente, hermano! Basta con que el estado proteja el culto, que la religion viene de Dios y no necesita imponerse!»

Y seducido por esa elocuencia de sotana, el padre don Benjamin Lavayse, la honra mas pura de los santiagueños, se levantó (y despues de estas palabras se explica por que ninguna de nuestras parroquias conserva su retrato), y dijo: «que el gobierno estaba obligado á sostener el culto, y esto era lo bastante; que la religion, como creencia, no necesitaba mas proteccion que la de Dios para recorrer el mundo, sin que hubiese podido nunca la tenaz oposicion de los gobiernos detenerla un momento en su marcha progresiva».

«Y concluyó manifestando su conformidad al artículo en cuestion tal cual era redactado, sin admitir la adicion propuesta, que pertenece, á su juicio, á esos artículos de mera forma que se consignan en las constituciones sin exámen ni criterio».

¿Para qué he de citar ahora, señor presidente, los discursos del doctor Torostiaga, candidato á la presidencia de la República del partido católico en la última lucha electoral?

¿Para qué citar los discursos del hereje doctor Juan Maria Gutierrez, de aquel maestro venerable y querido de cuantos le hemos tratado y escuchado sus lecciones?

¿Para qué citar los relámpagos de elocuencia de aquella otra figura simpática y movable, de don Juan Francisco Segui, que si no ha sido una notabilidad en los fastos de la historia argentina, es porque le faltaron teatro y oportunidad?

Nó! me basta con la palabra de los dos sacerdotes del congreso que levantaron la bandera de la libertad, que de ninguna manera está reñida con la religion de Cristo, y á quienes se debe que ese proyecto fuera rechazado por trece votos contra cinco!

El debate se renueva en la misma sesion con motivo de la abolicion de los fueros.

El señor Zenteno y esos últimos cinco secretarios de los tiempos que habian pasado para la humanidad, se pronuncian contra la supresion de los fueros, alegando que segun el concilio de Nicea y el trentino, solo la Iglesia podia juzgar á los sacerdotes. Y la doctrina contraria á los fueros, sostenida por los católicos de aquel congreso, fué sin embargo aprobada por unanimidad, contra el voto del proponente,

En la sesion del 27 de abril, en que se debatía las condiciones requeridas para ejercer los diferentes empleos públicos y los cargos de senadores y diputados al congreso, se proyectó que no podrian ejercer empleo público de ningun linaje en la administracion civil, sinó los católicos, apostólicos, romanos.

Y aqui me parece que querian mas que lo que habian deseado los mismos prelados del concilio de Trento.

Sin embargo, para no demorar no leeré sinó el final, en resumen, del discurso del padre Lavayse, que dice así:

«Que no encontraba razon para escluir á los disidentes de este culto que hubiesen obtenido, por otra parte, carta de ciudadanía, de todos los empleos, y mucho menos de aquellos en que sus servicios podian ser tan útiles como en el tribunal protomedicato, cuerpos de ingenieros, agrimensores, etc., puestos en que la República habia utilizado tan ventajosamente las luces del extranjero cuando habia estado en guerra; que no era justo privarla para en adelante de este recurso. Que por otra parte, debían evitarse indagaciones odiosas como las que tendrían lugar para cercionarse acerca de la creencia de un individuo, indagaciones, que ha querido evitar el congreso cuando ha reservado solo al juicio de Dios las acciones privadas de los hombres».

Y despues de estas palabras del presbítero santiagueño, el congreso rechazó por unanimidad aquella pretension absurda.

La conversion de los indios al catolicismo, no habia sido proyectada por la comision. El señor diputado por Buenos Aires y algunos senadores han dicho que fué un acto de homenaje á la Iglesia católica.

No, señor presidente! Fué una solucion de cortesia personal, en la verdad histórica. Pero como las soluciones de cortesia per-

sonal no son actos que se incorporen á las constituciones, nosotros que conocemos su origen no podemos lógicamente asignarle sino este significado: era una solución de conveniencia política para el Estado, utilizando la única religion que tenía sacerdotes, en el país, que pudieran hacer misiones.

Y voy á demostrar como fué acto de consideración personal. El artículo estaba redactado en los términos siguientes: «La nación proveerá al trato pacífico de los indios». Y el padre don Benjamin Lavaysse que era ya una de las figuras mas señaladas del congreso dijo: Y ¿por qué no aprovechamos la circunstancia del sacerdocio cristiano para agregar que se conviertan al catolicismo? Y el congreso por unanimidad accedió. ¡El congreso hubiera sido un ingrato si no hubiera accedido á los deseos de ese ilustre sacerdote!

En la sesion del 29 de abril se discute sobre el presidente de la República, como depositario del derecho de patronato de la nación sobre la Iglesia y, por indicacion del mismo sacerdote Lavaysse, porque á nadie se le habia ocurrido observar la materia (en la página 182 del diario de sesiones se encuentra la discusion, los señores diputados pueden analizarla), se agregó que fuera el presidente de la República católico, apostólico, romano. Por qué? Por una razon de equidad que aquellos liberales no habian encontrado desahogada; porque dijeron: «Desde que este funcionario tiene que ejercer derechos tan graves sobre la Iglesia, seamos liberales sinceros, no pongamos en frente de la Iglesia un enemigo de sus creencias».

Señor presidente: Se discute en seguida la cuestion del juramento, y se derrota la idea de que los diputados y senadores presten juramento, segun los artículos 40 y 50 y tantos de la constitucion, en lo que se refiere á las cámaras de diputados y senadores, sobre los santos evangelios. Este juramento solo lo prestará el presidente de la República, dice la constitucion. ¿Por qué? Porque á él le exige que sea católico, romano. Pero, á vosotros, diputados y senadores, á quienes no os exigen creencias para venir á las cámaras de mi patria, no os pido un juramento que puede repugnar á vuestras conciencias: el parlamento argentino está abierto á todas las creencias del mundo, porque este es un país de libertad de cultos! (*Muy bien!*)

Se trata del concordato, señor presidente.

La constitucion argentina no lo acepta segun el inciso 9º de las atribuciones del poder ejecutivo y el inciso 19 de las atribuciones del honorable congreso, sino como un tratado internacional celebrado con un soberano extranjero y de ninguna manera como un derecho concedido al pontificado, para introducirse en la gestion de los intereses argentinos.

Basta leer el texto del inciso 9º. Dice que el presidente de la República concede el pase á retiene los decretos de los concilios, las bulas, breves y rescriptos del sumo pontifice de Roma con acuerdo de la suprema corte, requiriéndose una ley cuando contiene disposiciones generales.

Y despues de establecer de una manera absoluta, indiscutible la soberania nacional en este inciso, agrega en el 14: «Concluye y firma tratados de paz, de comercio, de navegacion, de alianza, de limites y de neutralidad, concordatos y otras negociaciones requeridas para el mantenimiento de buenas relaciones con las potencias extranjeras, recibe sus ministros, y admite sus cónsules.»

¿Y qué era entonces el pontificado? — No era, por supuesto, un poder de influencias espirituales en el mundo; era un soberano con territorio, con un ejército, y con prepotencia en todo el universo, y la nación debia investir al presidente de la República con el derecho de celebrar tratados con ese soberano. Concluido el poder temporal del papa, desaparecida esa potencia extranjera, queda de hecho inútil en la constitucion la atribucion del concordato.

Ahora, señor presidente, me someto con la conciencia tranquila del pensador sincero al juicio del ilustre diputado por Buenos Aires. El dirá si yo elogio la constitucion, si la respeto y si pido que se cumpla, en su espíritu y en su letra, la voluntad y el alcance que sus autores le dieron.

Y agradeciendo á la honorable cámara esta singular benevolencia con que ha oido un alegato *in voce*, mas propio de una corte suprema de justicia que de la tribuna parlamentaria, que debe ser fulgurante, voy á tomar brevemente en cuenta algunas de las observaciones políticas y sociales con que el señor diputado por Buenos Aires terminaba su discurso.

Sus palabras se reducian á sostener esta tesis: Hemos alcanzado tiempos dolorosos de decadencia moral, y no debe el congreso privar á esta sociedad carcomida, de los supremos consuelos de la accion religiosa!

Yo soy sincero y franco hasta dentro de mi propio partido político, y creo que esto no siempre me es tenido en buena cuenta por mis amigos; pero yo prefiero mi sinceridad á cualquiera otra circunstancia de la vida.

No negaré por cierto que la República atraviesa por un momento de perturbacion de ciertas nociones morales, sin las cuales ni las sociedades, ni los hombres pueden sostenerse. ¡Nó, señor presidente! Pero yo rogaria al digno diputado que me acompañe, con el espíritu mejor preparado para la justicia cristiana, á investigar como hombre de cátedra de derecho y de filosofia, á investigar, repito, las causas de esta deca-

Octubre 19 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

dencia social que á todos nos preocupa, con justicia.

Yo creo que, sin ser tachado de apasionado y mucho menos de injusto, podría demostrar, al final de mis palabras, que alguna pequeña parte de la responsabilidad de estas cosas corresponde tambien á la Iglesia católica.

¿Que hemos sido nosotros, y qué somos? Ayer, no hace cuarenta años todavía, una montonera casi salvaje y repugnante al mundo entero; hoy, el pueblo que prospera mas material y moralmente sobre la tierra, á términos que, en igual período de la historia, los Estados-Unidos avanzaban un setenta y cinco por ciento, y nosotros marchamos á razon de un doscientos cuarenta por ciento! Somos una revelacion en la sociabilidad humana! (*Muy bien! Muy bien!*)

Pero, señor presidente, ¿es cierto que solo hav podredumbre y corrupcion en nuestra sociedad? Porque juzgamos las cosas que pasan aqui, alrededor de ciertos grupos de Buenos Aires, donde hay naturalmente, como en toda sociedad nueva é impaciente, apetitos y errores, ¿es cierto que todo el país está degradado y corrompido? Poned la mano sobre vuestros corazones y decidme ¿qué país del mundo tiene mejor arregladas sus escuelas, donde se educan las generaciones del porvenir? Seamos cristianos con nosotros mismos! No clavemos el puñal envenenado en nuestros corazones y con nuestra propia mano, porque el suicidio no es cristiano! (*Emocion. ¡Muy bien! Aplausos.*)

No! Yo estrecho esa mano noble y generosa para combatir los errores: los he combatido siempre, he negado mi voto á lo que mi conciencia no ha aceptado: pero yo, señor presidente, tengo una palabra de justicia para mi patria que, despues de ser una montonera ensangrentada, sin tiempo mas que para destrozarse y sin brazos mas que para pelear, es hoy, sin embargo, un pueblo que tiene todos los caracteres de la civilizacion y que ningun extranjero eminente se arrepentirá de conocer y de hacer conocer á las naciones!

Nó! ¿Cuál ha sido nuestra cátedra de propaganda moral, señores diputados? ¿Cuáles han sido nuestras universidades, escuelas y colegios hasta hace veinte años?...

¡Felices, vosotros, oh! jóvenes del día que teneis donde educaros! ¡A nosotros nos enseñaban palotes unas pobres viejas que no sabian leer! (*Risas y aplausos*)

Estas fueran mis escuelas en Santa-Fé, señores, y tengo una gratitud profunda á Buenos Aires, porque es en ella donde he recibido la luz! En el país no habia universidades, no habia colegios, no habia escuelas de primeras letras mediocrementemente organizadas! En los veinte años pasados la nueva

simiente germina con vigor y con fuerza, como en tierra fértil. (*Muy bien!*)

Y, sin embargo, señor presidente, habia una cátedra autorizada y sublime, habia una cátedra que durante setenta años de decadencia, de errores, de luchas fratricidas, de desolacion y de escándalo argentino, estaba tranquila, muda, respetada dentro de los templos. Tenia por propaganda los púlpitos, la prensa, la familia, la escuela, todo lo que ella podia desear para difundir los principios de caridad, moral y verdad del Evangelio. Y yo os pregunto: si despues de setenta años de existir ese ministerio civilizador en la República Argentina nos acusais de estar en decadencia moral ¿que ha hecho la iglesia argentina en mi patria? No nos acuseis de ser un pueblo corrompido, porque somos un pueblo de soldados que abandonaron ayer apenas los cuarteles, porque os diré: ¿qué habeis hecho, doctores de la iglesia católica, que habeis vivido tranquilos durante setenta años y habeis podido edificar nuestras conciencias?

Señor presidente: Creo que no se habrá notado en mi discurso un concepto ó una alusion lijeramente ofensiva á los principios fundamentales de la religion. Y si yo hubiera tenido la intencion de pronunciar ese concepto en la cámara, antes de venir á ella me habria sellado los labios la única persona que en el mundo tiene el derecho de influir sobre mi conciencia: mi madre, que me dijo: —Cumple con tu deber; pero respeta la religion de tus padres! . . . (*Aplausos prolongados.*)

Señor presidente: no es extraño á un parlamento político conocer el movimiento de la civilizacion dentro del cual se desenvuelve.

Para nadie es un misterio que el mundo está en crisis. Decidme, los europeos, si es normal que, en medio de los esplendores de todas las civilizaciones, no se sienta en los imperios sinó aquella barbarie de ejércitos, que traen á la memoria las hordas innumerables que los reyes asirios echaban sobre el Peloponeso ávidos de conquistar la Grecia antigua.

Decidme si es normal que las sociedades perezcan en la miseria de sus campañas, como sucede á la Europa, segun lo han demostrado las últimas investigaciones agrarias de las naciones mas adelantadas, mientras ejércitos inmensos de productores, que representan millones de libras esterlinas, viven preocupados de encontrar los medios de descuartizar mas pronto al semejante y al hermano.

Decidme, señores, si es normal este fenómeno producido en la politica reciente de Europa: la reorganizacion por los protestantes del grande imperio que Carlos V organizó para aislar á la Francia en nombre de la Iglesia.

Octubre 19 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16a Sesión de próroga

Hay algo en la atmósfera europea que tiene inquietos á todos los hombres. Ese algo es la fuerza social que lucha en el organismo, comprometida por los errores y pasiones de los potentados; pero que un día tendrá que producir el estallido por un cataclismo semejante á aquellos que los señores diputados de Cuyo suelen contemplar en los mac altos picos de sus montañas.

Pero, si en el orden político ese cataclismo viene y la solución es inminente, en el orden social, en el orden intelectual no es menos cierta la crisis.

Considerad las letras, hombres distinguidos é ilustrados. Con Victor Hugo han desaparecido en Occidente los últimos fulgores del génio literario. En las bellas artes, la obra es fría y amanerada, está bien representada toda la verdad de la naturaleza, pero falta el relámpago del génio.

Es que, señor presidente, la crisis humana asume una nueva faz que los filósofos no pueden desconocer.

Ha pasado, para todos los pueblos de la tierra, la época de las grandes individualidades: hoy por la elevación moral de los hombres, son infinitos los génios de detalle.

Llegamos á un nuevo periodo de la humanidad, al reinado de las muchedumbres educadas por la civilización.

Cuando la muchedumbre europea deja de ser ignorante, y el pueblo se dignifica hasta en las mas apartadas corrientes de la civilización, como en la América del Sud, es indudable que se prepara una nueva faz al mundo.

Y en esta crisis los únicos que pierden camino son los doctores de la Iglesia. En medio de esta lucha, ella se bate en retirada.

La Alemania, nación protestante, ha asestado un golpe terrible al catolicismo, porque ha destruido el imperio cristiano del Austria en Sadowa, y ha destruido el imperio cristiano de la Francia en Sedan.

He ahí al protestantismo triunfante sobre la comunión católica y son ciegos los doctores de la Iglesia que no estudian la filosofía de los sucesos. He ahí al protestantismo, he ahí á la Alemania y sus aliados, con los cañones asestados en todas las fronteras de la única nación católica, que tiene el mayor poder, soldados y oro para resistir: sobre la Francia.

Pues qué! todo esto ¿no dice á la Iglesia que hay que cambiar de armas y de banderas?

¿Pues qué! ¿es edificante el espectáculo de ese papa anciano y respetable, suplicando á un emperador joven é inexperto, que vá á hacerle política á su propio palacio, que le entregue el poder temporal de Roma, para hacer una reunión de soberanos y gobernar el mundo?

Nó, señor presidente. Yo creo que es de sincero catolicismo que la Iglesia reaccione, y, cuando la corriente de las avalanchas se precipita de las montañas, arrancando piedras, árboles y obstáculos para arrojarlos á su frente, no hay mas que una salvación; arrebatar su bandera á la avalancha y marchar á la cabeza.

Si! abandone la Iglesia, que es una institución del Estado que debemos respetar, ese aspecto torvo de guerrero siempre apercebido al combate.

Ceda en su tirantez de arco armado para disparar todos los días la flecha.

Abandone la atmósfera yerba y sombría de los conventos!

Salga á incorporarse al movimiento del mundo.

Mézelese á los acontecimientos de su tiempo.

Y, si tiene poder y si quiere, sea el *deus ex machina* del movimiento contemporáneo, infiltrando con amor y constancia, en el espíritu de las muchedumbres, la doctrinas de Jesús, como él lo hacia.

Venga acá, esa vieja y cariñosa camarada de la infancia, dénos el brazo y vamos á recorrer el mundo con los ojos sonrientes, con el corazón abierto y el alma pura. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Venga á gozar de los rayos del sol del progreso, alrededor del cual giran las sociedades humanas, y que solo ciega como el sol de los cielos, á los que osan resistirlo de frente. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*) (*Grandes aplausos y aclamaciones por algunos momentos.*)

Sr. Estrada—Pido la palabra.

Solo por breves instantes ocuparé la atención de la honorable cámara, comenzando, ante todo, por agradecer al honorable diputado preopinante las manifestaciones cariñosas de simpatía y afecto personal con que me ha honrado, y dejando aparte, por no prolongar una exposición tan breve como la que el reglamento de la cámara me permite hacer en este instante, todo lo que á la última parte...

Sr. Olmedo—¿Me permite el señor diputado?...

Hago indicación para que se declare libre el debate.

—Suficientemente apoyada esta moción, se vota y aprueba.

Sr. Estrada—El discurso del señor diputado que deja la palabra puede reducirse á pocos puntos: uno, es la demostración que ha pretendido hacer de la falta de unidad y persistencia de la doctrina de la Iglesia, refe-

Octubre 19 de 1888

CÁMARA DE DIPUTADOS

16ª Sesión de próroga

rentemente al matrimonio: otro, la comprobación que ha querido hacer de que el matrimonio civil ha contado con la adhesión de grandes pensadores católicos y, finalmente, de que el proyecto de ley que la cámara tiene sometido á su deliberación está conforme con las doctrinas prevalentes y enseñadas como dogmas de la Iglesia.

La demostración del señor diputado ha tenido cierta apariencia de fortaleza; pero nada más que apariencia, porque sus argumentos son de tal manera inconsistentes, como lo voy á demostrar en términos muy breves y muy perentorios, que no resisten á la menor crítica.

Ante todo, es menester que entendamos á que se dá el nombre de matrimonio civil.

Entiendo por matrimonio civil aquel que, respecto del vínculo, es regido por la ley del estado y que se celebra mediante solemnidades meramente civiles.

Por consiguiente, cuando el señor diputado por la capital hablaba asimilando los matrimonios que hoy se llama civiles á los matrimonios primitivos, de los tiempos patriarcales, no hablaba de matrimonio civil, sino del contrato natural de matrimonio. Y como confundía los términos, la demostración que ha pretendido hacer ha pecado por su base; ha probado una cosa distinta de la que se proponía probar.

Sr. Balestra—Señor presidente: el doctor Zeballos se ha retirado fatigado, algo enfermo, y ha manifestado que desea oír al señor diputado Estrada, pidiéndome que hiciera presente á la cámara esta circunstancia.

Hago, pues, moción para que se levante la sesión.

—Se aprueba esta moción, levantándose la sesión á las 6 p. m.